

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

MARÍA PAYERAS

Universitat de les Illes Balears

Con motivo de la jubilación del que fue mi profesor de portugués en la universidad y que, años más tarde, se convirtió en mi esposo, algunos colegas solicitaron mi apoyo en distintos proyectos de homenaje. Se me ocurrió, entre otras cosas, hacerles llegar a los organizadores el texto que, finalmente, los responsables de *Abriu* han decidido publicar y me piden que presente. Las páginas que siguen —totalmente alejadas de cualquier pretensión académica— son, en todo caso, un testimonio de vida y un referente acerca del talante y —por qué no decirlo— del talento retórico de quien las escribió. Como reflejan los párrafos iniciales, se concibieron a solicitud de los responsables de la Casa Regional de Castilla y León en Palma, para festejar el Día de la Comunidad Autónoma, que ese año —2004— iba a dedicarse a Zamora.

Se trata, pues, de un texto concebido para ser leído en voz alta. Quizá en voz no muy alta, como atestigua el deseo expreso de reprimir los excesos declamatorios, pero en voz alta de cualquier modo. El autor pertenece a una cultura de la oralidad aprendida en su infancia rural de la posguerra, que ha cultivado con placer a lo largo de toda la vida: dar clases ha sido como una extensión de la charla con los amigos, que ha llevado —*con la pasión que da el conocimiento*— al aula-bar de la facultad, donde, de un modo más sedentario que Aristóteles y actualizando viejas fórmulas pedagógicas mucho más caras para él que el picadillo de saberes a la boloñesa, se le ha podido ver habitualmente monologar con oyentes asiduos y ocasionales. Más allá —o más acá— de las aulas, celebrar de mil y una formas la palabra en la fluencia misma de la viva voz es —en la inagotable sociabilidad de su temperamento— un hábito tan

arraigado como el de la lectura, que inevitablemente es la otra cara de la moneda.

El gusto por la palabra hablada anida, como decía, en la infancia. A falta de otros entretenimientos, la vida comunitaria rural ofrecía, en los tiempos que el pregón rememora, el placer de la conversación y el acceso a formas literarias de transmisión oral aún vigentes por aquel entonces. Asimismo, las prédicas religiosas, asimiladas en una infancia donde la omnipresencia de la Iglesia católica en la vida cotidiana era un hecho consolidado, se reconocen también como fuente de aprendizaje oratorio en el humorístico semiheterónimo que el autor se atribuye al principio del texto: Fray Perfecto de Zamora-sur-Mer, de la Orden de Predicadores. Esta personalidad ficticia rinde homenaje, como digo, a las técnicas aprendidas de la oratoria sagrada y, como toda ficción, contiene algún componente de verdad. Verdaderas son, a mi entender, tanto la idea de las clases, como prédicas orientadas a la captación de lectores interesados, como la representación del personaje en funciones de confesor y receptor de preocupaciones y confidencias de sus parroquianos.

La pieza oratoria que presento es una mínima parte —la más apegada a los orígenes— de un rico anecdotario vital que el autor disfruta relatando y que sus oyentes, a menudo, le piden que deje por escrito. Contextualizando unas palabras que, de cualquier modo, se explican por sí solas, diré que su autor nació el uno de diciembre de 1949 en un pueblo de la provincia de Zamora llamado Santovenia del Esla. Este, que ahora es un punto en el mapa de lo que se ha dado en llamar la España vaciada, ha sido y sigue siendo para él un lugar lleno de personas, de experiencias, de vida. Estoy convencida de que cuando abre sus ojos al mundo interior —el único que reconoce como verdadero e irrefutable— lo encuentra habitado por todos esos personajes cuyos nombres recoge en un inventario jocoso para el oyente, y a los que él pone rostro, voz, genio y figura. Ellos fueron los actores de una historia ya pasada y, como tal, irrecuperable. Ninguno de los personajes nombrados vive ya. Pero lo que pudiera haber derivado en *memento mori* o en encono plañidero, encuentra su contrapeso discursivo en la aceptación tácita que

hace el autor de la deuda identitaria contraída con el pasado que su memoria actualiza. Haber estado, haber sido y haberse hecho ser humano entre los seres humanos que evoca, en el nunca jamás de una comunidad que congregaba y educaba, es motivo, ante todo, de celebración. Haber conocido, como su paisano Claudio Rodríguez, «la pureza de la amanecida | y el resplandor nocturno» de la tierra zamorana, también.

Por ello, en las atropelladas líneas del relato —en su mismo atropello, diría yo—, podrá el lector comprobar que, por encima de la contenida elegía, prevalece un sentimiento de exaltación, de gratitud por lo vivido. El sesgo benévolo que el narrador prefiere adoptar al revivir unos años que no fueron sencillos, aporta, si no un grado de ficción —«vamos a contar mentiras, tralará», entona al principio del relato—, cuando menos una elección personal: la de entregar al olvido la escoria de aquellos tiempos. *Los días azules y el sol de la infancia* prevalecen sobre la ignominia de un *tiempo de silencio*. El sesgo adoptado se corresponde también con el temperamento personal del que escribe. Si algo de *la fe de sus mayores* ha arraigado en su personalidad ha sido, justamente, la creencia en la capacidad del ser humano para redimirse. El pasado se redime también a la hora de hacer balance.

Invocar y verbalizar los retazos de aquel pretérito que aún destellan en la zona más resplandeciente de la memoria es cantar, con Violeta Parra, el tiempo que, con su *luz alumbrando*, le entregó dádivas como *el sonido y el abecedario* y palabras como *madre, amigo, hermano* y muchas más que acuden a la escritura reviviendo el rico dialecto de la tierra natal del autor, que todavía aflora para designar lo que ya, muchas veces, solo existe para ser nombrado en el recuerdo.

El pregón festivo recoge el contexto de una infancia feliz vivida en tiempos de extrema austeridad. Nunca he oído al autor quejarse de carencias materiales porque él, como su abuela Lucinda, estaba enseñado a pensar que pobres eran los que no tenían techo ni alimento, cosas que nunca le faltaron, como tampoco faltaron las naranjas frescas y relucientes que los Reyes Magos traían a los pequeños de la casa en las gélidas madrugadas del seis de enero. Porque allí estaban Eduardo y Leonor, los padres a cuya memoria va dedicado el texto, para proveer lo necesario.

Leonor, que cosió una noche entera las sábanas viejas para hacer un disfraz de Pancho Villa, que su niño estrenó en los carnavales del pueblo. Eduardo, que se volvió de una feria popular con una estantería llena de libros, para alborozo de toda la familia. De los dos aprendió a bienquerer al prójimo, antes de conocer a Mário Cesariny y leer las palabras que tanto le han acompañado: «ama como a estrada começa». De sus padres, también, heredó la inteligencia y un arraigado sentimiento comunitario que en Perfecto derivó en responsabilidad social. De Leonor, sobre todo, heredó la capacidad de reconocer la belleza en el arte y en el interior de las personas. De Eduardo, la mirada transparente, el humor socarrón y la facultad de relacionarse a todas horas con todo el mundo.

El texto del pregón no solo revive la infancia personal sino también una época extinguida. Muchas veces le he oído repetir a Perfecto, interiorizándola, la reflexión de su maestro Basilio Losada sobre la paradoja de haber nacido en la Edad Media y haber llegado, sin saber muy bien cómo, a esta era tecnológica. Puedo dar fe de que, tres décadas atrás, todavía el castellano del romancero —sus giros, su léxico y su sintaxis— estaba vivo en los hablantes del lugar natal. Dudo que se siga sosteniendo.

Que los tiempos cambian es bien sabido. Adaptarse a las transformaciones que cada tiempo trae no siempre es fácil, como ya reconocía el gran vate portugués: «É afora este mudar-se cada dia | outra mudança faz de mor espanto | que não se muda já como soía». Que la tecnología más avanzada de su infancia estuviera representada, posiblemente, por el arado romano, ha llevado al autor a desarrollar una reticencia que nunca llega a ser hostilidad abierta hacia las nuevas tecnologías, reticencia que ha fijado las características de su tarea docente, prefiriendo el traslado físico de libros, objetos vanguardistas, ejemplares —a veces únicos— de publicaciones, etc., a su representación fotográfica en una proyección de ordenador, y que, por encima de todo, valora la entrega apasionada del profesor en el aula a las versiones virtuales de la docencia que, a lo sumo, se reconocen como males menores en caso de necesidad extrema. En los últimos tiempos, ha dado, por ello, en añadir a su semiheterónimo conocido como Fray Perfecto

de Zamora-sur-Mer, la coletilla que le define como profesor analógico presencial.

A este profesor analógico, cuya presencia en el aula —aún lo recuerdo bien— eclipsaba las circunstancias no muy halagüeñas de una universidad incipiente, que aprendía a construirse a sí misma, le ha llegado el momento de la jubilación —relativa, para quien conoce su apretada agenda de proyectos— y parece que también el de algunos merecidos reconocimientos. Agradezco a los responsables de la revista *Abriu* que le brinden su homenaje recuperando este texto inédito que seguramente ayudará a comprender mejor quién es y de dónde viene esa persona que nos ha puesto en las manos la lengua, la cultura y la literatura portuguesas a estudiantes de varias generaciones y que ha analizado y difundido sin descanso la literatura y el arte del país vecino. Como la *pedra pequena* que su vecino de Tábara cantaba, Perfecto echó a rodar por la vida como un pedazo desgajado del mundo que sus palabras conjuran. Y hasta hoy.